

UN CUARTO DE SIGLO DE JAZZ VALENCIANO

Durante la última década, el panorama jazzístico español ha pasado de contar con sólo unos pocos nombres relevantes a tener una abundante lista de profesionales en cualquiera de los ámbitos de esta música. Esta situación ha ido evolucionando según las áreas geográficas, con una mayor concentración en aquellas en las que hay mejores estructuras –escuelas, clubes, asociaciones– y un ambiente adecuado que genere las condiciones apropiadas.

Aunque este desarrollo no se ha dado en todos los lugares por igual, sí ha sido relativamente proporcionado y, dentro de este auge, era muy lógico que regiones como la Comunidad de Valencia propiciase la aparición de un grupo de músicos que aglutina a quienes vienen trabajando desde épocas no tan lejanas en el tiempo y han sabido desarrollarse bajo mínimos, hasta la generación actual que empieza a contar con un mayor reconocimiento público. Por lo tanto, es de valorar la iniciativa del Institut Valencià de la Música de la Generalitat (IVM) y la delegación de la SGAE en esa Comunidad, que *Cuadernos de Jazz* recoge en *Un cuarto de siglo de jazz valenciano*, dossier que quiere ser, ante todo, el relato de los últimos 25 años de actividad. En él se examinan los antecedentes más inmediatos, desde mediados de la década de los 70, con músicos como Carlos Gonzálbez, Paco Aranda o Donato Marrot, pasando por la generación intermedia en la que se puede nombrar a Perico Sambeat o Ximo Tébar, entre otros, y se interroga al presente con la última oleada de jazzmen que incluye, por mencionar sólo algunos, a Albert Sanz, David Pastor y las vocalistas Eva Dénia y Ester Andujar. No está en su cometido hacer un inventario pero sí fijar una fecha convenientemente precisa, al tiempo que establecer una jerarquía estética e histórica.

Acompaña a este dossier el CD *Valencia Jazz*, una docena de temas –inéditos algunos de ellos– que, a modo de complemento, reflejan la diversidad de tendencias y propuestas actuales. Con este espíritu se ha realizado esta edición.

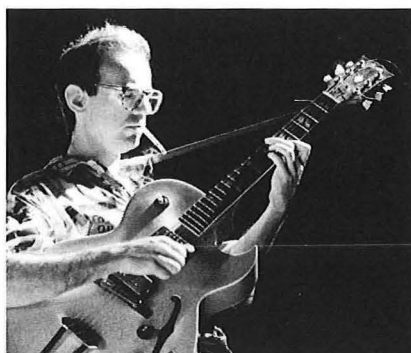
Cuadernos de Jazz

DOSSIER

■ UN CUARTO DE SIGLO DE JAZZ
VALENCIANO
UNA HISTORIA RECIENTE

■ Por Federico García Herráiz
Fotografía Jordi Vicent /
García Poveda / Nacho Narbona /
Heino Kalis

ME DISCULPARÁN POR NO HABLAR, COMO OTRAS VECES, DE LA PREHISTORIA DEL JAZZ EN VALENCIA. LA RAZÓN ES MUY SENCILLA. LO QUE SUCEDIÓ ANTERIORMENTE NO TUVO ABSOLUTAMENTE NINGUNA INFLUENCIA, AL CONTRARIO QUE EN OTROS LUGARES DE LA GEOGRAFÍA ESPAÑOLA, EN EL DESARROLLO DE LOS MÚSICOS QUE HAN PROTAGONIZADO EL JAZZ EN ESTA COMUNIDAD DURANTE EL ÚLTIMO CUARTO DE SIGLO. ASÍ PUES, NO HUBO MODELOS NI MAESTROS DE LOS QUE PODER PARTIR.



Carlos Gonzálbez

Jordi Vicent

Ximo Tebar y Johnny Griffin



Jordi Vicent

UNA HISTORIA reciente



Perico Sambeat

García Poveda



Ramón Cardo

Jordi Vicent

El acta de nacimiento del jazz valenciano, tal cual lo conocemos hoy en día, se sitúa con la constitución, durante la temporada 1974-75, de Valencia Jazz. El joven guitarrista Carlos Gonzálbez (nacido en 1957) y su hermano Ignacio (1952), que tocaba el bajo eléctrico, contactan con el pianista Donato Marrot (1955), que se había dado a conocer por su apreciable sentido del blues y su *feeling* —a pesar de una técnica algo pedestre— en un *clinic* que completaba el concierto de Joachim Kühn y su grupo Association PC en el Colegio Alemán. Son totalmente autodidactas y sacan temas y solos de los discos que escuchan, pues entonces no llegaban métodos ni existían escuelas en las que poder aprender. El trío actúa en colegios y facultades y episódicamente se les unen los saxos tenores Silvino Gonzálbez y Ximo Sanz Caffarena (1952). Durante 1976 y parte de 1977, la principal base de operaciones de Valencia Jazz es el pub Barro, que tiene un piano vertical.

El otro grupo de lo que se ha dado en llamar “primera ola” del jazz valenciano es el trío Triple Zero, que surge en 1976 al calor de la Cafetería Senior y está formado por el pianista Miguel Benet, el contrabajista Lluís Llarío (1954) y el baterista Paco Aranda (1951). Proviene del Conservatorio, han acompañado al cantante Juan Camacho y su ascensión del jazz es más lenta. Benet, pretendiendo ser original, se empeñará en rechazar cualquier influencia, lo que se traduce en un fraseo excesivamente abigarrado y mecánico, confuso armónicamente. A finales de los ochenta abandona el jazz para dedicarse a la enseñanza en el conservatorio. En febrero de 1977 abre sus puertas el primer club de jazz valenciano, Tres Tristes Tigres. Por allí pasaron, hasta su cierre en octubre de 1979, innumerables jazzmen: Tete Montoliu, Lou Bennett, Gene “Mighty Flea” Connors, Jean-Luc Vallet, Claude Guilhaud, Peter Delphinic, el saxo alto Paul Stocker (que residió varios años en Valencia) y muchos otros músicos de jazz españoles y extranjeros. Para Carlos Gonzálbez, Aranda (que ha tomado clases con Peer Wyboris y se inspira en Philly Joe Jones), Llarío y Marrot es la oportunidad de dar el salto al profesionalismo, pues trabajan por largos periodos como músicos de la casa, acompañando a solistas de todo pelaje. Allí se inicia también el contrabajista Salvador Faus (1956), seguidor de Sam Jones y Ron Carter, cuyo ejemplo le llevará a utilizar el piccolo y montar formaciones de cuerdas.

Indudablemente, Carlos Gonzálbez es el jazzman de más clase (al menos, hasta el despegue de Perico Sambeat) que ha surgido en Valencia. Ha estudiado muy atentamente a los grandes guitarristas de jazz (de Jimmy Raney a Joe Pass, de Barney Kessel a Wes Montgomery o Jim Hall) a la hora de forjarse un depurado estilo que le ha llevado a convertirse en el más significado guitarrista bop español. Todavía recuerdo a Kurt Rosenwinkel alucinado, con la cabeza entre las manos, cuando le pidió la guitarra para tocar un intenso blues en compañía de Brad Mehldau y Mark Turner, en el club Black Note en el verano de 1995, la noche anterior a la presentación en Sagunt del disco *Ademuz* de Perico Sambeat. La otra cara de la moneda es una cierta indolencia (debía haber aprovechado la oferta del manager de Dizzy Gillespie para introducirle en Nueva York, cuando actuó de telonero del trompetista en el II Festival Internacional de Jazz de Valencia de 1981) y los “pro-

blemas personales” que han condicionado su carrera en los últimos quince años. Pero su buen hacer brilló en las ocasiones que tocó en dúo con Tete Montoliu (en el club Perdido y en Barcelona), en trío con Eric Peter y Peer Wyboris en la Cava de Terrassa, en gira con el trompetista Harry “Sweets” Edison, con el saxo tenor Buddy Tate, en trío con Lou Bennett, en el quinteto que mantuvo con Dave Schnitter, en la gira de 1987 con el quinteto de Terence Blanchard y Donald Harrison y, más recientemente, con el pianista Fabio Miano, el saxo tenor Eric Alexander, el trompetista Jim Rotondi y el baterista Jerry Fuller. Añadamos que su sexteto (lo mismo que el trío de Donato Marrot) conquistó el premio del I Concurso de Jazz de la Diputación de Valencia en 1986, aunque los discos que ambos grabaron en RNE jamás fueron distribuidos comercialmente. A pesar de la labor de Studio S.A., de algunas actuaciones del Colegio Alemán y de los Tres...Tigres, la normalización en cuanto a actuaciones de figuras internacionales del jazz en Valencia parte del concierto de Stan Getz en el Teatro Principal el 26 de noviembre de 1979. En diciembre vino al mismo lugar el trío de Bill Evans. Durante los dos años siguientes se sucede una vorágine de grandes estrellas, desembocando en el I Festival Internacional de Jazz de Valencia, en noviembre de 1980 (que tuvo cuatro ediciones, seguidas por posteriores Semanas de Jazz). El factótum de todo ello es el valenciano Julio Martí que, a la cabeza de su Colectivo Promoción Jazz, se transforma en el principal empresario de esta música en el Estado (prácticamente, sólo escaparán a su control los festivales del País Vasco y Terrassa). Pero desde mediados los ochenta su actividad irá menguando paulatinamente. Sea como fuere, momentáneamente, a principios de esa década y durante dos temporadas, Valencia se sitúa a la cabeza de España en cuanto a actividad jazzística. Fue una época efervescente, con una normalización cultural y musical tardía, pero vivida intensamente. Refleja muy bien el ambiente de entonces el disco grabado en Holanda *Valencia Chocolate*, con una paella muy kitsch en la portada, del pianista Burton Greene (que había actuado en el club Perdido en abril de 1981) con Paul Stocker. Por supuesto, el chocolate del título no tenía nada que ver con el cacao.

LA SEGUNDA OLA DEL JAZZ VALENCIANO

La apertura del club de jazz Perdido, el 13 de noviembre de 1980, no solamente permitió escuchar a músicos de la talla de Steve Lacy, Mal Waldron, Woody Shaw, Joe Newman, Dannie Richmond, Andrew Cyrille, Cedar Walton, Billy Higgins, Mike Osborne, George Adams, Don Pullen, Jim Hall, Barry Harris, George Cables, Randy Weston, Jack Walrath y tantos otros, además de Tete Montoliu, Pedro Iturralde, Jorge Pardo, Lou Bennett y los más destacados españoles; sino que, sobre todo, se convirtió en la plataforma que hizo factible la eclosión de una nueva oleada de jazzmen valencianos. Ciertamente, las posibilidades de trabajo eran mayores que ahora, pues durante buena parte de los ochenta existía una amplia red de pubs y locales que, a despecho de lo inadecuado de sus medios, permitían la perseverancia en el duro oficio y dedicación a esta música. Asimismo, la actividad institucional de la Con-

sellería de Cultura, diputaciones, ayuntamientos y entidades bancarias –como la CAM en Alicante y, especialmente, Bancaja desde 1983, con un periodo muy brillante entre 1990 y 1995 en lo referente a jazzmen foráneos– contribuía a que la subsistencia fuera más fácil. Toda esa iniciativa pública y privada casi desapareció o se vio muy reducida desde principios de los noventa.

Esta boyante situación no solamente afectó a los músicos autóctonos. Algunos extranjeros pudieron desarrollarse como jazzistas en este caldo de cultivo. Así, el contrabajista argentino Horacio Fumero (hasta que se instaló en Barcelona para formar parte del trío de Montoliu), el pianista Joshua Edelman (que desde finales de los ochenta se trasladó a Madrid), el baterista Jeff Jerolamon y el pianista italo-canadiense Fabio Miano, actualmente residente en Alicante. Sin embargo, la enseñanza del jazz durante muchos años fue casi inexistente, salvo un intento coyuntural en la temporada 1981-82 de establecer en Estudio de Música cursos, tanto de técnica instrumental y armonía por Gonzálbez, Edelman, Aranda y otros, como de historia del jazz impartidos por mí mismo, que no tuvo continuidad. Algunos músicos se vieron constreñidos a las clases particulares (aún actualmente) para completar el salario y subsistir.

En esas condiciones, los saxofonistas Perico Sambeat (1962), Ramón Cardo (1962) y Eladio Reinón (1963) se fueron a estudiar al Taller de Músics de Barcelona en 1982. En el Seminario de Castelldefels de 1983 se deslumbraron con el saxo tenor Dave Schnitter, que ejerció de mentor suyo por un tiempo. Esa influencia, tanto positiva como negativa, también se producirá sobre otros músicos cuando el antiguo Messenger y su mujer, la cantante afroamericana Martí Mabin, se instalen por más de un lustro en la capital del Turia, en la segunda mitad de los ochenta. Lo mismo se podría decir del guitarrista Sean Levitt, otro residente en la ciudad desde finales de esa década. Los aficionados pudieron deleitarse con ellos varias temporadas en la Cervecería Madrid, al lado del pianista Tino Gil (1961), un ferviente seguidor de Barry Harris que, durante quince años, mantuvo su trío varias noches a la semana en este local. Pero, volvamos a Sambeat, Cardo y Reinón, que se transforman al poco tiempo en profesores del Taller y montan A-Free-K, una formación de corte vanguardista, completada en la rítmica con músicos catalanes. Tres años de existencia, tres discos a sus espaldas (uno de ellos con el trompetista Jack Walrath de invitado) y el premio al mejor grupo del Festival de San Sebastián de 1984, no es un mal balance. Pero desde 1987 siguen sus carreras separadamente, instalándose definitivamente Eladio Reinón en Barcelona, donde dirige la big band de Bellaterra, con la que ha grabado, además de otros discos, con Tete Montoliu y con Bebo Valdés.

Una característica que define a gran parte de este colectivo de jazzistas valencianos es su adscripción casi generalizada al bop y a sus variantes modernas, enriquecidas con las búsquedas modales de Coltrane y del Miles de los sesenta. Al contrario que en otros lugares del Estado, aquí las fusiones no prosperaron, a excepción de Tébar y, más recientemente, las influencias flamencas en Sambeat. Las razones son difíciles de precisar. Quizá el ejemplo de los primeros músicos de jazz

valencianos de los setenta. A lo mejor una crítica local muy beligerante con la mixtificación del rock-jazz y de la new age. O, simplemente, debido a que ese es el jazz que les gusta.

Otros jóvenes músicos valencianos buscaron con fruición perfeccionarse, siguiendo cursillos y seminarios a lo largo y ancho del territorio español. Joan Soler (1957), que se inició con Gonzálbez, es uno de los más finos guitarristas que tenemos en España, a mi modo de ver no suficientemente reconocido. Su sonido es redondo y se muestra igualmente convincente con la púa o directamente con los dedos, por acordes o por *single notes*. Con Flying Colors (Soler, Vilà y Jerolamon) conquistó uno de los premios del II Concurso de Jazz Valenciano de la Diputación en 1987. El otro premio correspondió al trío del excelente pianista Ricardo Belda (nacido en 1960, Belda ha intervenido recientemente en la adaptación teatral de *Novecento*, de Alessandro Baricco, y acaba de grabar su segundo disco en trío, felizmente recuperado de una pulsación blandengue producida por la utilización exclusiva de teclados durante los años de trabajo alimenticio con Presuntos Implicados). Soler, posteriormente, se integró en el septeto que desde 1989 mantiene el contrabajista Jordi Vilà (1958), dedicado a interpretar la música de Charles Mingus. En estos últimos años colidiera con Ramón Cardo un quinteto/cuarteto sin piano.

El capítulo de la guitarra se completa con el solvente Manuel Hamerlink (1958). Formó parte del grupo Quarter Note del saxofonista tenor José Luis Granell (en donde también estuvieron el guitarrista Gonzalo Sempere, el contrabajista Salva Sanambrosio y el baterista Mariano Cubel), hace bien el trabajo de big band y acompaña a la cantante Eva Dénia. Otros devotos de las seis cuerdas son Paco Zulueta, Miguel Ángel Casany y Carles Dénia (que aprendió con Gonzálbez, estudió en el Conservatorio de La Haya y recientemente suele formar equipo con el saxo tenor Javier Vercher), sin olvidar a los castellonenses Fernando Marco y Amadeu Marín.

Ximo Tébar (1963) es el más conocido de los guitarristas valencianos. Ha cogido muchos trazos estilísticos de Pat Martino y George Benson. Mejor solista en la Muestra de Jazz de Ibiza para Jóvenes Intérpretes de 1988 y mejor grupo en la edición del siguiente año, hizo dos giras por la extinta URSS y ha tocado en muchos países europeos y latinoamericanos. Su discografía es muy copiosa y su carrera, ambivalente. Con su grupo suele cultivar una línea comercial, orientada a la fusión. Pero, otras veces se le puede escuchar en contextos jazzísticos más ortodoxos, junto a Johnny Griffin, Lou Donaldson, Lou Bennett, Lonnie Smith, Idris Muhammad y Billy Brooks, con especial predilección por el trío de guitarra, órgano y batería. Entre los contrabajistas, Ricardo Ferrer (1962) y Lucho Aguilar (1958), admiradores de Paul Chambers, desarrollan la mayor parte de su actividad teniendo como base Madrid, pues están bastante solicitados como acompañantes. El difunto José Castillo, dentro de su multiinstrumentismo, solía dedicarse al contrabajo. En años más recientes han surgido Amadeu Adell, José Luis Porras y Ana García.

En la batería destacan los que partieron de las enseñanzas de Paco Aranda, para luego forjarse su propia idiosincrasia: Felipe Cucciardi (1964), Juanjo Garcerá (1966) y Narso Domingo (1962). A pesar de una cierta irregularidad, deben ser cita-

sigue en pág. 44



Paco Aranda

Jordi Vicent

Fabio Miano



Jordi Vicent



Jordi Vilà

Jordi Vicent



Donato Marot

Jordi Vicent

Francisco Blanco "Latino"



Joan Soler

Heino Kalis



Nacho Narbona

viene de pág. 42

dos Vicent Cortina, Oscar Alcaraz, Bernardo Escribá, Felip Santandreu, Vicente Espí y el castellonense Diego Clanchet. Había muchas esperanzas concitadas sobre el joven Nacho Mencheta (1974), al que avalaban Aranda y Sambeat, pero últimamente no se sabe nada de él. Entre los adictos a las 88 teclas aún no mencionados, Juan de Ribera y Vicent Fontelles desarrollaron su actividad en la época del club Perdido, para posteriormente hacer mutis por el foro. En Castellón está Alfredo Sanz. Y Santi Navalón (1966), aparte de trabajar con Tébar y tocar y hacer algún arreglo para la Sedajazz, dirige un quinteto con el saxofonista Jesús Santandreu. El vibráfono está ocupado en solitario por Arturo Serra (1967), que conquistó el primer premio del Festival de Getxo de 1993. Excelente compositor, con dos discos, al tener plaza en la Orquesta Sinfónica de Málaga, suele moverse más por Andalucía. El apartado de cantantes está erizado de dificultades relacionadas con el fraseo, la afinación, la técnica, el idioma e, incluso, el lenguaje y la tradición específicas del jazz. Imma Lázaro se dedicó al jazz entre finales de los ochenta y la primera mitad de los noventa. Hizo un disco en 1992 y, sin obviar sus defectos, por lo menos se traía desde Nueva York para acompañarla a músicos tan sugestivos como Richard Wyands, Roland Hanna, Irving Stokes y Walter Perkins. Eva Dénia (1960) ha adaptado conocidos standards al valenciano, siguiendo el camino de Nuria Feliu, pero también canta en un correcto inglés. Otras voces, aún jóvenes y formándose, son las de Cristina Blasco, Ester Andújar y Arantxa Domínguez. Teníamos esperanzas en Diego Roman, la única voz masculina antes de instalarse en Menorca e interrumpir ¿momentáneamente? su carrera.

PERICO SAMBEAT Y LA ESCENA ACTUAL

Si Carlos Gonzálbez entronca con la tradicional imaginería del músico de jazz autodidacta e inventivo, pero anárquico y fatalista al tiempo, Perico Sambeat es el espejo en el que se miran los jazzmen valencianos desde los noventa. Responsable y con un profundo conocimiento de su instrumento (de Parker a Lee Konitz, Art Pepper, Sonny Stitt, Cannonball Adderley, Trane y Ornette... hasta llegar a Kenny Garrett, Steve Coleman y lo más reciente), ha desarrollado su talento sistemáticamente. Aprovechó su estancia en la New School neoyorquina en 1991 para entrar en contacto con toda una serie de músicos americanos, a los que le unía una sensibilidad común, a veces generacional. Se trajo a Brad Mehldau, David Kikoski, Bruce Barth, Mike Mossman, Kurt Rosenwinkel, Mark Turner... con todos ellos ha grabado y tocado abundantemente, lo mismo que con los portugueses Bernardo Sasseti y Carlos Barretto. El prestigio de que goza hace que le llamen para actuar en el Ronnie's Scott o que Guy Barker lo integre en su quinteto en giras por lejanos países. Estamos ante uno de los mejores saxo alto europeos, al que respetan muchos de sus colegas americanos. Su interés por incorporar ritmos flamencos ha pasado de las tentativas de *Ademuz* a los logros de *New York Flamenco Reunion*, un entendimiento de alto voltaje con el baterista Marc Miralta, el piano de George Colligan y el contrabajo de Javier Colina.

Habría observado el lector la ausencia de referencias a vientos, sobre todo metales, máxime si se considera que esta "tierra de bandas" debía ser un terreno abonado. Durante mucho tiempo no ha sido así, a pesar de los esfuerzos llevados a cabo en los ochenta por José Luis Granell (1960) con su Jove Jazz Band y por Ramón Cardo con su Big Band Valencia Jazz. Habrá que esperar a los noventa para que de la Mediterrani Jazz Orquesta de Cardo y, especialmente, de la Sedaví Big Band, que dirige Francisco Blanco "Latino" (1966), transformada en Sedajazz Orquesta –al mismo tiempo que se especializaba en jazz afrocubano, merced a los arreglos de Mossman–, surjan toda una serie de valores: desde Jesús Santandreu (1970), que se ha perfeccionado en la Berklee de Boston y ha abandonado el saxo alto por el tenor, que también tocan Kiko Berenguer y Ximo de Haro, el saxo alto Vicente Macián, los trompetistas Pascual Piqueras (1973) y David Pastor (1974), los trombonistas Carlos Martín y Toni Berenguer. De ellos, como del laureado pianista Albert Sanz (1978), se habla extensamente en otro lugar. Otros, como el saxo tenor Jordi Montserrat (1960), alma del grupo Jamboree, ha emigrado a Canarias y el alicantino Antonio Moltó ha hecho su carrera en Madrid, pero el tenor Pierre León permanece en este puerto. Y la experiencia de Saxomanía, unos Super Sax a la valenciana, que alcanzaron el primer premio de la Mostra de Jazz de Ibiza para Jóvenes Intérpretes de 1992 y grabaron un disco con el pianista Hal Galper, no resistió la repentina muerte de su bajista Josemi Alfonso (1965) en abril de 1993. El infatigable "Latino", tras los Seminarios Internacionales de Bancaja de 1991 a 1993, desde 1994 viene montando el Seminario Internacional de Sedaví (hoy Sedajazz), aprovechando a los profesores para que enriquezcan su orquesta y combos. Sus inagotables iniciativas, a veces algo dispersas y espontaneístas, le han llevado a poner en pie toda una red de orquestas en diferentes poblaciones. ¡Ojalá consiga aprovechar el filón de las bandas! En cuanto a infraestructuras, el cierre de Perdido (Valencia) y del Café del Mar de Castellón (que abrió sus puertas en febrero de 1991 y por donde pasaron Charles McPherson, Junior Mance, Art Farmer, Bob Mover, Louis Stewart, Jeanne Lee, Carrie Smith ...) en abril de 1995, dejó huérfana de clubes de jazz a la Comunidad Valenciana. También desapareció el Festival de Villena, tras varias ediciones en los noventa. Es curioso: en un momento como el actual, con un colectivo importante de músicos de jazz (aunque el asociacionismo aquí está muy verde), existen muy pocos locales que programen jazz, sólo intermitentemente y en condiciones que, a veces, son inadecuadas (no sólo en Valencia, también en Alicante, Elche y otras poblaciones). Algunas casas de cultura, sobre todo de la provincia de Alicante, de vez en cuando ofertan jazz. Tampoco abundan los conciertos. Aparte de los festivales del Palau de la Música, de Torrent y de Alicante, se mantiene el ciclo Avui Jazz de Vila-real. Y, tras aquel voluntarioso Festival de Benicàssim de 1983-85, abre una puerta a la esperanza el celebrado este agosto en Xàbia.